***Colegio Santa María de Maipú***

***Departamento de Lenguaje.***

**GUIA AUTOAPRENDIZAJE 1 LENGUA Y LITERATURA**

**IV tos MEDIOS**

**Nombre: \_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_\_ IV º Medio \_\_\_\_\_ Fecha: 16 – Marzo -2020**

|  |
| --- |
| **Objetivo** identificar e interpretar características generales de laliteratura contemporánea en obras que presentan los temas de la soledad y la incomunicación. |

**Literatura Contemporánea siglo XX**

La **literatura contemporánea** o movimiento contemporáneo comprende todas las manifestaciones literarias que se han producido desde la posmodernidad. Se define por un periodo pero también por su estilo muy particular. La mayoría de los académicos denominan literatura contemporánea a toda producción literaria después de la [Segunda Guerra Mundial](https://www.lifeder.com/etapas-segunda-guerra-mundial/), en la década de 1940.

Este periodo se extiende hasta la actualidad. La literatura contemporánea se caracteriza por la fragmentación, narradores poco confiables, pastiche (imitación de estilos y autores), narración cambiante, presentación no lineal y el juego e incertidumbre en el lenguaje.

De igual manera, esta literatura se reconoce por el contenido históricamente posmoderno. Este se relaciona con la era de las computadoras, la robótica, los teléfonos móviles, la globalización, entre otros. Ahora bien, algún trabajo o algún escritor podría considerarse contemporáneo si comparte [cualidades](https://www.lifeder.com/ejemplos-cualidades-humanas/) estilísticas, artísticas o temáticas de la actualidad.

Bajo este concepto, incluso algunos escritores de otros siglos parecen contemporáneos. Gran parte de la literatura contemporánea proviene de autores occidentales, aunque el término no es exclusivo de las literaturas europeas o americanas.

De hecho, la [globalización](https://www.lifeder.com/caracteristicas-globalizacion/) ha permitido apreciar obras contemporáneas escritas por muchas figuras literarias en Oriente Medio, África y Asia. Además de novelas y poesía, este estilo literario abarca una gran variedad de géneros, como los de ficción tradicionales y otras formas adaptadas a la nueva realidad (novela gráfica o literatura de blogs).

|  |
| --- |
| **Jean Paul Sartre: “Literatura y Arte” “Literatura y Compromiso”:**  Jean-Paul Sartre defendía un arte comprometido y definía a la literatura como el arte más adecuado para el compromiso, ya que con ella, el escritor puede dirigir al lector y, si describe una casa pobre, mostrar en ella el símbolo de las injusticias asociadas, provocar nuestra indignación. En cambio el pintor es mudo: el nos presenta una casa pobre, solo eso; uno puede ver en ella lo que quiera. Artes como la música o la pintura no pueden ejercer un poder concientizador sobre el sujeto, por lo tanto, no son apropiadas para el compromiso. Para Sartre, la poesía también, como las otras artes, es inadecuada a la tarea conscientizadora porque, aunque se sirva de las palabras, como la prosa, lo hace de otra forma. El prosista es aquel que se sirve de las palabras para alcanzar sus objetivos, el poeta, al contrario, sirve a las palabras. El factor utilitario de la prosa facilita el compromiso, pues la palabra posee una naturaleza transformadora, ya que revela el carácter de los individuos a si mismos y a los otros. Hablar y actuar; una cosa nombrada no es más enteramente la misma, pues perdió la inocencia. Los valores estéticos son importantes, pero “el arte por el arte” sirve apenas a los ideales burgueses, pues, en vez de transformar al sujeto a través de la concientización, lo mantiene alienado. Según Sartre, escribir es una acción de desnudamiento. No basta al escritor haber escrito ciertas cosas, es preciso haber elegido escribirlas de un determinado modo, exponiendo su mundo, con elementos estéticos. El hombre que escribe tiene la consciencia de revelar las cosas, los acontecimientos; de constituir el medio a través del cual los hechos se manifiestan y adquieren significado. Aun sabiendo que, como escritor, puede detectar la realidad, no puede producirla; sin su presencia, la realidad continuará existiendo. Al escribir, el escritor transfiere a la obra cierta realidad, volviéndose esencial a ella, que no existiría sin su acto creador. Uno de los principales motivos de la creación artística es ciertamente la necesidad de sentirnos esenciales en relación al mundo. Según Sartre, el escritor debe establecer un pacto con el lector para que la obra contribuya a la transformación del mundo, de la realidad. La libertad es el bien mayor del hombre, para alcanzarla y mantenerla, es necesario una conciencia despierta. El papel del artista es contribuir al despertar de la conciencia de las personas. |

**Aplicación de contenidos literatura siglo XX**

1. Investiguen qué labores cumple un escribiente. ¿Existe ese oficio actualmente?, ¿por qué?

*En el fragmento que leerás a continuación, se narra lo que sucede con Bartleby luego de ser despedido de su empleo como escribiente en una oficina de abogados en Wall Street. Bartleby se niega a abandonar la oficina, por lo que su exempleador decide arrendar otro lugar para deshacerse de él. Sin embargo, el escribiente se queda en la entrada de la oficina, lo que genera las quejas del dueño y de los nuevos arrendatarios*

|  |
| --- |
| **Bartleby, el escribiente Una historia de Wall Street** Herman Melville  —¿Qué hace Ud. aquí, Bartleby? —dije. —Estoy sentado en el pasamanos —respondió apaciblemente. Lo llevé entonces a las oficinas del abogado, quien entonces nos dejó solos. —Bartleby —continué—, ¿se da cuenta de que me ha creado un gran problema con su insistencia en ocupar la entrada después de haber sido desalojado de la oficina? No hubo respuesta.  —Ahora, sucederá una de estas dos cosas. O Ud. hace algo o le harán algo a Ud. ¿Qué le gustaría hacer? ¿Le gustaría volver a hacer copias para alguien?  —No, preferiría no hacer ningún cambio. —¿Le gustaría emplearse como dependiente en una tienda de géneros? —Ese es un trabajo demasiado encerrado. No, no me gustaría ser dependiente, pero no soy especialmente exigente. —Demasiado encerrado —grité—, ¡pero por qué si Ud. se encierra a sí mismo todo el tiempo! —Preferiría no ser dependiente —replicó como si en ese momento zanjara definitivamente ese pequeño detalle. —¿Qué le parecería atender un bar? Eso no cansa la vista. —No me gustaría nada de eso, aunque, como se lo dije, no soy exigente. Su inusual **locuacidad** me inspiró y volví a la carga.—Bien, entonces ¿y no le gustaría viajar por el país cobrando cuentas de comerciantes? Eso mejoraría su salud. —No, preferiría hacer alguna otra cosa. —Como qué, ¿viajar a Europa como acompañante de un joven caballero para distraerlo con su conversación, se ajustaría a lo que Ud. quiere? —No, en absoluto. No me parece que eso pudiera ser algo definitivo. Me gusta tener algo fijo. Pero no soy exigente.  —¡Quédese con lo fijo, entonces! —grité, perdiendo toda paciencia y de- jándome ganar por la ira, por primera vez durante mi **exasperante** relación con Bartleby—. Si no sale Ud. de aquí antes de la noche, me veré obligado, en realidad, ya estoy obligado, a... a dejar este lugar yo mismo —concluí bastante absurdamente sabiendo que con amenazas no lograría transfor- mar su inmovilidad en asentimiento. Partí apresuradamente, abandonando cualquier otro esfuerzo, cuando algo me detuvo, un pensamiento que antes había tenido y no había descartado por completo.  —Bartleby —le dije, con el tono más cariñoso de que fui capaz en esas cir- cunstancias dramáticas—, ¿por qué no viene Ud. a mi casa, conmigo ahora, a mi casa, no a mi oficina y se queda allí hasta que podamos encontrar con calma un arreglo conveniente para Ud.? Venga, vámonos ahora mismo.  —No, por el momento preferiría no hacer ningún cambio.  No le dije nada, pero salí corriendo del edificio, eludiendo a todos en mi huida; subí por Wall Street hacia Broadway, salté al primer **ómnibus** y pronto estuve fuera del alcance de cualquier persecución. A medida que me tranquilizaba, veía con claridad que había hecho todo lo que podía tanto respecto de las peticiones del propietario y los inquilinos como respecto a mi sentido del deber y mis propósitos de ayudar a Bartleby y protegerlo de graves peligros. Quise estar completamente tranquilo y relajado y mi con- ciencia me ayudó en el intento aunque el asunto no resultó tan bien como había querido. Tenía tanto miedo de volver a ser perseguido por el furioso propietario y sus exasperados arrendatarios que pedí a Nippers que se hi- ciera cargo de la oficina por unos días y me dediqué a recorrer en mi coche la parte alta de la ciudad y los suburbios; crucé a Jersey City y Hoboken, e hice visitas **furtivas** a Manhattan y Astoria. De hecho, viví prácticamente en mi coche durante esos días.  Cuando regresé a la oficina, vi sobre mi escritorio una nota del propieta- rio. La abrí con mano temblorosa: allí me informaba que había denunciado el caso a la policía y que Bartleby había sido llevado a la Cárcel (The Tombs1) como vagabundo. Además, dado que yo era la persona que más sabía de él, me pedía que fuera a ese lugar y entregara una adecuada relación de los hechos. La noticia tuvo sobre mí un efecto perturbador. Al principio me in- digné, pero finalmente casi aprobé lo hecho. El carácter severo del enérgico propietario le había llevado a adoptar un procedimiento que yo no habría seguido, pero que, a la luz de las circunstancias especiales y como último recurso, aparecía como el único posible.  Me enteré más tarde que el escribiente no opuso la menor resistencia cuando supo que lo llevarían a la cárcel, sino que pálido, sin moverse, mostró a su modo silenciosa conformidad.  Algunos espectadores compasivos o simples curiosos se unieron al grupo y encabezados por uno de los policías que llevaban del brazo a Bartleby  atravesaron en silenciosa **procesión** el bullicio, el calor y la felicidad de las rugientes calles del mediodía.  El mismo día que recibí la nota fui hasta la Cárcel o, hablando con más propiedad, hasta la Sala de Abogados de ese recinto. Mientras ubicaba al funcionario adecuado, expuse el motivo de mi visita y se me informó que el individuo descrito por mí se encontraba efectivamente en ese lugar. Aseguré al funcionario que Bartleby era una persona perfectamente honrada, digna de compasión, aunque inexplicablemente **excéntrica**. Le conté todo lo que sabía y terminé sugiriendo que le aplicaran el más benévolo **confinamiento** que fuera posible hasta que se decidiera otra cosa menos dura, aunque no pude precisar qué podía ser esto último. En todo caso, si no se encontraba una solución, debía ser acogido por el **hospicio**. Luego, pedí que me auto- rizaran una entrevista con Bartleby.  Como no había cargos en su contra y tenía hábitos tranquilos e inofensi- vos, le permitían deambular libremente por la prisión y especialmente por los patios rodeados de césped. Allí lo encontré parado, solitario, en el más tranquilo de los patios, con la cara vuelta hacia una alta muralla, mientras a su alrededor desde las estrechas aberturas de las ventanas de las celdas me pareció que lo **atisbaban** los ojos de asesinos y ladrones.  —¡Bartleby! —Lo conozco —dijo sin volverse— y no quiero hablar con Ud.—No fui yo, Bartleby, el que lo trajo aquí —murmuré, profundamente dolido por la sospecha implícita en sus palabras—. Y para Ud. este no debe ser un lugar **vil**. Nada reprochable lo ha traído hasta acá. Y vea Ud., no es tan triste como uno pudiera creer. Mire allá el cielo, y aquí ese pasto.  —Sé dónde estoy —replicó y luego no dijo más. Entonces lo dejé solo. Cuando caminaba nuevamente por el corredor, se me acercó algo corpu- lento y carnoso, un hombre que vestía delantal. Indicando con el pulgar por sobre el hombro, dijo:  —¿Es amigo suyo? —Sí. —¿Quiere morirse de hambre? Si quiere, que viva con la comida de la prisión, eso será suficiente. —¿Quién es usted? —pregunté sin saber qué hacer ante una persona de trato tan informal en un lugar como ese. —Soy el ayudante del cocinero. Los caballeros que tienen amigos aquí me contratan para que les sirva algo bueno para comer.  —¿Es cierto? —dije volviéndome hacia el gendarme, que respondió afirmativamente.  —Muy bien, entonces —comenté, deslizando unas monedas de plata en las manos del ayudante de cocina (al que llamaban así)—. Quiero que atienda Ud. especialmente a mi amigo, dele la mejor comida. Y sea con él lo más educado que pueda.  —Presénteme, ¿quiere? —dijo el ayudante, mirándome con una expre- sión que parecía reflejar su impaciencia por dar una prueba de **urbanidad** de sus modales.  Pensando que eso sería beneficioso para el escribiente, le pregunté al ayudante su nombre y lo conduje hasta Bartleby.  —Bartleby, le presento a un amigo, puede serle de mucha utilidad.  —Para servidor, señor, para servirlo —dijo el ayudante haciendo un respetuoso saludo desde detrás del delantal—. Espero que tenga aquí una agradable estadía, señor; hay frescos departamentos y terrenos hermosos, ojalá se quede Ud. con nosotros algún tiempo y trate de pasarlo bien. ¿Qué quiere comer hoy?  —Prefiero no comer hoy —dijo Bartleby alejándose—. Me desagradaría, no estoy acostumbrado. Mientras hablaba, caminó lentamente hacia el otro lado del patio y se puso a mirar fijamente el muro.  —¿Qué le pasa? —dijo el ayudante dirigiéndome una mirada de asom- bro—. ¿Es raro, no es así?  —Yo creo que está un poco trastornado —contesté con tristeza.  —¿Trastornado? ¿Está trastornado? Palabra que pensé que su amigo era un caballero falsificador. Los falsificadores son siempre pálidos y distin- guidos. Siento lástima de ellos... no puedo evitarlo, señor. ¿Conoce Ud. a Monroe Edwards2? —agregó conmovido y guardó silencio. Después, compa- sivamente puso su mano en mi hombro y suspiró—. Murió de **consunción** en Sing Sing3. ¿Así que usted no conocía a Monroe?  —No, nunca he conocido socialmente a falsificadores. Pero no tengo tiempo. Cuide a mi amigo. No se arrepentirá. Nos veremos nuevamente.  Pocos días después conseguí otro permiso de visita y caminé por los corredores en busca de Bartleby sin encontrarlo.  —Lo vi salir de su celda hace poco rato —me dijo un gendarme—, puede que haya ido a pasear por los patios.  Entonces fui hacia allá.  —¿Busca al hombre silencioso? —me preguntó otro guardia con quien me crucé—. Estaba durmiendo en ese patio. No hace veinte minutos que lo vi acostado.  El patio estaba completamente en calma. No era accesible al común de los presos, lo rodeaban muros de sorprendente espesor y no lo alcanzaban los ruidos exteriores. El tipo egipcio de **mampostería** me abrumó. Era **lóbrego**, pero bajo mis plantas crecía un suave césped prisionero. Parecía una magia misteriosa: del corazón de las pirámides eternas habían brotado entre las grietas las semillas del pasto arrojadas por los pájaros.  Extrañamente acurrucado junto a la base de la muralla, con las rodillas levantadas, de lado y con la cabeza sobre las frías piedras vi al disminuido Bartleby. Pero no se movió. Me detuve y después me acerqué, me incliné  hacia él y vi que tenía abiertos los ojos nublados, pero por lo demás parecía profundamente dormi- do. Algo me hizo tocarlo. Cuando tomé su mano, un hormigueante escalofrío recorrió mi brazo y me bajó por la médula hasta los pies.  Apareció entonces la redonda cara del ayudante del cocinero atisbando sobre mi hombro.  —Su comida está lista. ¿Tampoco quiere comer hoy? ¿O es que vive sin comer?  —Vive sin comer —dije y cerré los ojos. —¿Eh? está dormido, ¿verdad? —Sí, junto a reyes y consejeros —murmuré. Parecería innecesario llevar esta historia más  allá. La imaginación bastará para suplir el **magro** relato del pobre funeral de Bartleby. Pero antes de separarme del lector, quisiera decir que si esta pequeña narración le ha interesado lo suficiente como para despertar su curiosidad por saber quién era Bartleby y la vida que había llevado antes de que el narrador lo conociera, solo puedo responder que comparto plenamente esa curiosidad.  Con todo, no estoy seguro de si debo divulgar un pequeño rumor que llegó a mis oídos meses después de la muerte del escribiente. No he po- dido averiguar su fundamento ni puedo decir si es verdadero. Pero dado que ese vago rumor no ha dejado de parecerme sugerente —y triste— y así puede parecer a otros, me referiré brevemente a él. Era el siguiente: Bartleby había sido emplea- do subalterno en la Oficina de Cartas Muertas en Washington4 y había sido repentinamente despe- dido en un cambio de gobierno. Cuando pienso en ese rumor, me es difícil expresar las emociones que me embargan, ¡cartas muertas! ¿No suena ese término como a personas muertas? Imaginen a un hombre inclinado por naturaleza y mala fortuna hacia una pálida desesperanza. ¿Habrá un trabajo más adecuado para acrecentar su pena que estar permanentemente manipulando esas cartas muer- tas, preparándolas para las llamas? Un cargamento entero se quema cada año. A veces, el descolorido empleado encuentra en un sobre un anillo des- tinado tal vez a un dedo que ya se deshace en la tumba; en otra carta encuentra un documento de banco enviado con la más urgente caridad, y aquel a quien hubiera confortado ya no come ni siente hambre; encuentra perdón para aquellos que mu- rieron desesperados; esperanza para los que mu- rieron sin tenerla; buenas noticias para aquellos que murieron ahogados por **calamidades** insopor- tables. Con mensajes de vida, esas cartas corren veloces hacia la muerte.  ¡Ah, Bartleby! ¡Ah, humanidad!  Melville, H. (2001). *Bartleby, el escribiente*. *Una historia de Wall Street*. Santiago: LOM Ediciones. (Fragmento) |

**Actividades de comprensión**

**Inferir**

1. ¿Por qué el narrador huye al inicio del fragmento? Considera la conversación que tuvo con Bartleby.

|  |
| --- |
|  |

2.¿A qué se debe la actitud de Bartleby cuando el narrador lo encuentra por primera vez en la cárcel? Describe la situación y explica.

|  |
| --- |
|  |

3. Infiere la visión de mundo que se presenta en la obra. Para esto, busca en el texto palabras o frases cuyos significados se relacionen, por ejemplo: “graves peligros”, “pálido”, “compasión”, “mala fortuna”.

|  |
| --- |
|  |

**Sintetizar**

4. Caracteriza a Bartleby con tus palabras. Incorpora en tu descripción los siguientes comentarios del narrador: “Eso no cansa la vista”, “¡Ud. se encierra a sí mismo todo el tiempo!”.

|  |
| --- |
|  |

5. Busca al menos tres citas del texto que denoten inseguridad en la voz del narrador y un conocimiento relativo acerca de lo narrado. Explica cada una.

|  |
| --- |
|  |

**Interpretar**

6. ¿Por qué crees que Bartleby, a pesar de haber sido despedido, permanece en la entrada de la oficina? Considera en tu respuesta la caracterización que elaboraste en la **pregunta 4.**

|  |
| --- |
|  |